

## **AGRADECIMIENTO PREMIO SERGIO LARRAIN GARCIA MORENO**

Me corresponde el honor de agradecer, en nombre propio y de quienes han sido hoy distinguidos junto conmigo, el honor que hoy nos concede el Colegio de Arquitectos. Todo reconocimiento consiste, en definitiva, en volver la mirada sobre alguien descubriendo en él o en ella algo nuevo; algo que, eventualmente, merece ser destacado o recordado. Es lo que el Colegio de Arquitectos ha hecho con nosotros en ocasión de su aniversario y por ello no podemos sino estar profundamente agradecidos. En estas ocasiones se vuelve la mirada sobre las acciones que merecieron tal reconocimiento, y sin falsa modestia, se llega a la conclusión que hay muchos otros que pudieron ser distinguidos y que haber resultado elegidos, es el resultado de un acto de generosidad que enaltece más a quienes otorgan los premios que a quienes los recibimos.

Las distinciones que hoy se nos entregan, junto con el reconocimiento a la dilatada y meritoria trayectoria de tantos arquitectos, apuntan a dimensiones que, estando íntimamente ligadas a la arquitectura, no necesariamente coinciden con el centro de la vida de los arquitectos que es la actividad de proyecto. A través de ello, el colegio reconoce y celebra la complejidad que disciplina y profesión han alcanzado en la actualidad. Quienes, sin pertenecer al gremio como una ex -ministra de la vivienda, han contribuido a alcanzar los fines que el colegio y sus asociados persiguen son también distinguidos como muestra de esa misma riqueza con la que nuestro oficio se despliega socialmente.

En mi caso personal, el Premio Sergio Larrain García Moreno, se otorga a quien ha trabajado en los ámbitos de la enseñanza y la investigación. No deja de ser notable que una institución gremial se ocupe del mundo académico, y que ello ocurra también en diversas asociaciones gremiales del mundo. Es que la constitución de la propia disciplina parece depender, en una parte muy significativa de su posibilidad de ser transmitida a otras generaciones y que en la fidelidad y rigor de dicha transmisión se juega una porción no menor del futuro de la arquitectura. En Chile, por añadidura, se han desarrollado, desde hace mucho, estrechas relaciones entre la universidad y el Colegio de Arquitectos. Así se explica, por ejemplo, el rol que le cupo al decano Alberto Risopatrón en la fundación y dirección del colegio y a tantos otros después de él que sirvieron simultáneamente al gremio y a las universidades.

En una visión más personal, este premio me pone frente a lo que ha sido mi propio compromiso con la universidad. Contra lo que muchos pudiesen creer, él es el resultado de un proceso largo, no ausente de dudas y conflictos personales. Asumí mi vocación docente tardíamente, a pesar de haber ejercido como tal desde muy joven. Tarde acepté que sería a la universidad a la que dedicaría mis mayores energías como arquitecto y, sobre todo, tarde valoré la oportunidad que con ello se me había concedido. Durante años, atendí más a las renuncias que ello me implicaba y viví mis obligaciones académicas como transitorias. Recuerdo que en los años en que con entusiasmo y una dosis de exigencia probablemente desmedida encabecé un equipo a cargo del taller de primer año, Alberto Cruz me señaló: "esta es tu obra". Más tarde, cuando debía decidir si continuar o no como decano de la facultad el rector Juan de Dios Vial me recordó como al pasar: "Sergio Larraín hizo muchos buenos edificios, pero su principal obra fue la escuela". Estas palabras no pueden sino resonar en mi memoria al recibir un premio que lleva el nombre de alguien que fue capaz de hacer de su goce de la arquitectura, del arte y de la universidad algo trascendente.

El material con que construye un profesor tiene la delicadeza de las piedras vivas. Y la construcción que con ellas puede levantarse se parece, por lo mismo, más al cultivo, actividad que más de una vez ha sido asociada con la arquitectura. Una sola siembra exitosa, una sola cosecha fructífera -y hubo tantas- bastaría para compensar múltiples esfuerzos y desvelos. Pero no debemos pensar, equivocadamente, que esas cosechas se deben a nosotros. Uno ha

sido poco más que un instrumento. Al revés de lo que suele pensarse, es el profesor quien se debe al estudiante y quien experimenta el privilegio de ver desarrollarse a los más jóvenes. Están también aquellos que no fructificaron; es justo recordarlos hoy día para poner este premio en la perspectiva correcta, pidiendo disculpas por las ocasiones en que faltó la palabra justa o la observación inspiradora.

Siempre pensé que era posible y aún deseable, al menos para algunos, compaginar la tarea académica con la de proyecto; pude conseguirlo solo ocasionalmente. Sin embargo, hoy cuando se observo en retrospectiva cuarenta años enseñando, puedo apreciar con mayor nitidez que en la enseñanza se hace más evidente lo que todo arquitecto realiza en su proyecto: transformar piedras muertas en piedras vivas, no sólo por la vida nueva que dichas piedras adquieren gracias a la arquitectura sino, más aún, porque lo que finalmente ellas persiguen es configurar, dar calidad y hacer esplender la vida misma. El peso moral que tal responsabilidad acarrea no deberíamos cansarnos de transmitirlo a las nuevas generaciones.

Mirada esta larga trayectoria con justicia no puede concluirse sino que ella es el resultado de una tarea colectiva. Es por lo tanto justo y necesario agradecer hoy día a todos quienes, dentro y fuera de Chile, contribuyeron a darme una formación que no puedo sino considerar privilegiada; a quienes me iniciaron en las tareas universitarias y me retuvieron en ellas aún contra mis deseos aparentes; a quienes me acompañaron con fidelidad energía y entusiasmo en tareas docentes que pudimos concebir como una forma de ejercicio de la arquitectura; en tantos trabajos de investigación que dieron lugar a libros o artículos y nos permitieron una mejor comprensión de la disciplina; a quienes colaboraron y colaboran conmigo en responsabilidades administrativas, siempre concebidas en un contexto de creatividad. Guardo con agradecimiento cada uno de esos nombres cuya lista sería interminable. Permítaseme ofrece a ellos esta distinción que hoy se me concede porque en la arquitectura, tarea hondamente colectiva, como pensaba Ruskin o, entre nosotros, Borchers: no siempre el más visible es el que ha hecho la faena. También a mi mujer y a mi familia que ha debido padecer el temperamento, inevitablemente obsesivo y desmesurado, con que abordé cada uno de mis desafíos personales.

Pero la mirada no puede ser sólo retrospectiva. Vivimos tiempos no necesariamente fáciles para los arquitectos; horas en que la estructura y el futuro de esta y otras profesiones se ponen a prueba. Es por tanto el momento en que debemos reflexionar y exponer con la mayor claridad lo que la tradición de nuestro oficio puede ofrecer a la sociedad hoy día; el momento también de buscar con imaginación nuevas formas y nuevos ámbitos en que esa tradición puede desplegarse. Debemos escuchar con oído atento y delicado las demandas de nuestro tiempo, llevarlas al ámbito de la enseñanza y confrontarla con el rigor, la sabiduría y los saberes que hemos heredado. Las restricciones impuestas por la realidad confrontadas a la riqueza del oficio pueden constituir una valiosa fuente de renovación para la arquitectura y en ello deben empeñarse nuevas generaciones dispuestas a comprometerse en esta tarea de transmisión y reflexión. Mucho de ello quedará ya fuera de nuestras manos pero habrá otras, quizá más expertas y diligentes, dispuestas a la tarea invaluable de construir con piedras vivas.